

nuestros quesos y nunca los ratones. Ven, buen perro, continuó el ventero acariciando á Milord, si encuentras mas gatos en la casa, yo te los regalo.

—Hola, dije á Jadin, nos hallamos en la tierra de promision, mi querido amigo, y si me creéis haremos provision de vino y de gatos en este pais.

—Si, dijo Jadin: únicamente el caso está en saber á como se han de pagar.

—¿Me llamais, señores? dijo la ventera volviendo del entierro de su animal.

—Si, buena muger, queremos saber lo que cuesta nuestro vino, y lo que vale vuestro gato.

—El vino, caballero, es cinco cuartos la botella.

—¿Y el gato?

—¡Ah! ¡el gato!... Dareis lo que querais á la criada.

—¿Pero adónde estamos? Esclamé yo; ¡que no levantamos altares á los dioses!...

—Estais en Saint-Peray, mis buenos señores.

—¡En Saint-Peray! Entonces traednos un asado, una tortilla, una cena cualquiera y otras dos botellas mas.

Hicimos de gasto tres francos comprendido el gato y una comida de las mejores que he hecho en toda mi vida.

En Paris, Mistigri solo, nos hubiera costado el doble, es verdad que nos le hubieran servido en un guisado.

A las diez nos volvimos á poner alegremente en camino y á los veinte minutos de marcha llegábamos á Valencia.

VALENCIA.

Aunque Valencia data como Viena, de la mas alta antigüedad, pues que al decir de Andrés Duchesne, Tourangeau, autor de las *antigüedades de las ciudades, castillos y plazas mas notables de Francia*, ha sido fundada mil quinientos años antes de Jesucristo, las tradiciones modernas han prevalecido sobre los recuerdos antiguos. Bonaparte, subteniente ha hecho olvidar allí al general César, al papa Pio VI que murió allí, y al emperador Constancio que allí fué preso.

En 1778 fué creo cuando Bonaparte recibió en Ajaccio su despacho de subteniente del regimiento de artillería de La-Fère de guarnición en Valencia. Marchó llevándose consigo para aliviar á su familia, á su hermano Luis á quien enseñaba las matemáticas. Llegado á su destino, alquiló en la calle Grande, número 4, en frente del almacén del librero Marco

Aurelio, en la casa de la señorita Bau, un cuarto para él y una boardilla para su hermano menor.

Bonaparte vivia entonces muy retirado pasando una parte del dia en el almacén de Marco Aurelio, que habia tomado mucha afición al jóven subteniente y habia puesto á su disposicion toda su librería. Las noches las consagraba á dos ó tres amigos; Mr. Josselin, antiguo oficial; Mr. de Montalivet, que despues fué par de Francia; Mr. de Tardiva, ex-abogado de San Rufo.

Bonaparte habia encontrado en casa de Tardiva, una jóven de quien se enamoró apasionadamente. Se llamaba la señorita Gregoria de Colombier, y pertenecía á una familia acomodada si no, rica. Bonaparte profesaba ya desde aquella época aquella rigidez de principios que conservó sobre el trono: así apenas obtuvo el asentimiento de la señorita Gregorio, intentó un paso muy atrevido en su posicion. La pidió en matrimonio.

Desgraciadamente para Bonaparte, tenia un rival preferido, sino por la señorita Gregorio, al menos por su familia. Este rival se llama Mr. de Bressieux. Los padres de la señorita Gregorio, no vacilaron entre un caballero cuya fortuna estaba hecha, y un subteniente con su carrera por hacer. Bonaparte fué desahuciado y la señorita de Gregorio fué la esposa de Bressieux.

Fué esto tanto mas penoso para el jóven Napoleon, cuanto que si han de creerse esas anécdotas populares que brotan siempre en el surco de las grandes fortunas, tenia presentimientos de su porvenir. Un dia habiendo hecho en compañía de algunos de sus jóvenes camaradas una limosna de tres francos á una pobre muger, la profetisa cubierta de harapos, le deseó la corona de Francia. Echáronse á reir los oficiales de aquel exagerado agradecimiento: solo Bonaparte permaneció serio: y como aquella gravedad provocase todavía mas la hilaridad general,

—Señores, dijo el futuro soberano, yo valgo mas que un guarda de puercos, y Sisto V llegó á ser papa.

Otro dia que Bonaparte se hallaba trabajando desde las cinco de la mañana, Mr. Parmentier, cirujano del regimiento, entró en el cuartito del subteniente para hablar á su hermano Luis. Bonaparte cogió su sable y dió golpes en el techo con la vaina. Cinco minutos despues, bajó Luis medio dormido.

—Perezoso! le dijo Napoleon, ¿no tienes vergüenza de levantarte á estas horas?

—Tú me riñes, le dijo Luis, y yo era el que debiera incomodarme, porque me has despertado en lo mejor de un hermoso sueño: soñaba que era rey.

—¡Tú rey! dijo Bonaparte. ¿Luego entonces yo era emperador?

Bonaparte permaneció tres años en Valencia, dejando al salir de ella una deuda de

tres francos y medio á su pastelero llamado Coriol.

A pesar de la mudanza que se verificó en su nombre y en su fortuna, Napoleon no olvidó á Valencia: aunque hecho emperador jamás volvió á pasar por aquella ciudad. Todas las deudas de corazón ó de dinero que habia contraído en ella, fueron pagadas con usura, aun la del pastelero Coriol.

La señorita Gregorio, convertida en Mad. de Bressieux, fué llamada como lectora al lado de la madre de Napoleon: su marido fué nombrado baron y administrador de bosques, y su hermano prefecto de Turin. El librero Marco Aurelio tuvo un recuerdo de otro género.

El 7 de octubre 1808, durante la entrevista de Erfurth, hallándose Napoleon á la mesa con el emperador Alejandro, la reina de Westfalia, el rey de Baviera, el rey de Wurtemberg, el rey de Sajonia, el gran duque Constantino, el príncipe Primado, y el príncipe Guillermo de Prusia, recayó la conversacion sobre la Bula de Oro, que hasta el establecimiento de la Confederacion del Rin habia servido de constitucion y reglamento para la eleccion de emperadores. El príncipe Primado que se hallaba en su terreno, entró en algunos detalles sobre aquella Bula, que en una cita hizo subir á la fecha de 1409.

—Creo que os engañais, señor príncipe, le dijo Napoleon interrumpiéndole. Esa bula, si tengo buena memoria, fué proclamada en 1336 en el reinado del emperador Carlos IV.

—Tiene razon V. M., dijo el príncipe Primado, mejorando sus recuerdos: pero cómo conserva V. M. tan exactamente la fecha de una bula? si fuese la de una batalla, no me asombraria tanto.

—¿Queréis que os diga el secreto de esta memoria que os asombra, señor príncipe? respondió Napoleon.

—Mucho placer nos daria en ello V. M.

—Pues bien, continuó el emperador, habeis de saber, que cuando yo era subteniente de artillería...

A esta salida hubo un movimiento de sorpresa y de curiosidad tan marcada entre los ilustres convidados, que Napoleon se paró un instante: pero viendo que inmediatamente todos callaban para escucharle, continuó sonriendo:

—Digo pues, que cuando yo tenia el honor de ser subteniente de artillería, permaneci tres años de guarnicion en Valencia: me gustaba poco la gente y vivia muy retirado. Una feliz casualidad me habia hecho habitar enfrente de un librero instruido y de los mas complacientes, que habia puesto su almacén á mi disposicion. Leí y releí dos ó tres veces su biblioteca, durante mi residencia en la capital de la Drome: y de lo que he leído en aquella época no he olvidado nada, ni aun la fecha de la Bula de Oro.

Napoleon, que como hemos dicho, jamás habia vuelto á Valencia durante su reinado, pasó por allí despues de su caída, llevado á la isla de Elba por los comisarios de las cuatro potencias.

El segundo recuerdo que se encuentra en Valencia, es, como lo hemos dicho, el del papa Pio VI, que murió en aquella ciudad el 29 de agosto de 1799. El tambien como Napoleon, habia tenido una estraña carrera, con dos horizontes perdidos, el uno en la oscuridad y el otro en la esclavitud.

Con efecto; Angel Braschi, nacido en Cesena el 27 de diciembre de 1747, salió de su ciudad natal á los diez y ocho años á buscar fortuna á Roma, confiado, como lo es uno á esa edad, hermoso, lleno de instruccion y ligero de dinero. Apenas llegado allí, fué á llevar una carta de recomendacion á un amigo de su padre. Este le hizo esas ofertas vulgares de servirle, que se hacen á todo el mundo, y despues en cuanto se marchó no volvió á pensar mas en él. Al dia siguiente el cardenal Ruffo y el protector de Angel Braschi paseándose en el monte Pincio encontraron á un jóven que les saludó.

—¿Quién es ese jóven? dijo el cardenal Ruffo.

—Un pobre diablo, respondió el protector, que ha venido á Roma contando con la Providencia, y que á estas horas probablemente no tendrá para aguardar el dia en que quiera acordarse de él un escudo en el bolsillo.

Al dia siguiente en el mismo paseo, el mismo encuentro, el mismo saludo.

—¡Por Dios! dijo Ruffo tendria curiosidad de saber si os habeis equivocado sobre la fortuna de ese buen jóven.

—¿Quiere vuestra eminencia misma pedirle que le enseñe el fondo de su bolsillo? dijo el protector riéndose.

—Si: llamadle, respondió Ruffo.

—Braschi! dijo el protector llamándole.

El jóven se aproximó.

—Braschi, monseñor el cardenal Ruffo desea saber cuanto dinero teniais ayer en vuestro bolsillo, cuando os hemos encontrado, y cuanto os queda hoy.

—A cualquiera otra persona, respondió Braschi, me negaria á satisfacerla, porque se parece mucho á una confesion esta pregunta; pero á vuestra eminencia, monseñor, es otra cosa. Ayer tenia un escudo: hoy me quedan siete paolos.

—¿Y cuántos dias contais pasar todavía con esos siete paolos? dijo Ruffo.

—Dos dias, poco mas ó menos, monseñor, respondió alegremente Braschi: y dos dias son una eternidad.

—Pero al fin llegada esa eternidad; ¿qué contais hacer?

—No lo sé: Dios proveerá.

—¿Lo creéis firmemente? replicó riendo Ruffo.

—Lo creo con toda mi alma, respondió Braschi.

—¿Estais seguro de que no os morireis de hambre?

—Estoy seguro.

—Tanta confianza teneis, que comienzo á participar de vuestra conviccion, dijo Ruffo. Venid conmigo.

—Estoy á vuestras órdenes, monseñor.

Dos horas despues Angel Braschi se hallaba instalado en el Vaticano en calidad de secretario del papa Benedicto XIV, que le nombró al año siguiente auditor: despues muy pronto tesoroero de la cámara apostólica, empleo que infaliblemente conduce á la púrpura. En efecto, habiendo muerto Rezzonico, Braschi no por eso dejó de recibir el capelo de cardenal de manos de Clemente XIV, y cuando éste murió fué el pobre jóven de Cesena, llegado á Roma con un escudo en su bolsillo, el que le sucedió, como Rey espiritual del mundo cristiano, el 15 de febrero de 1773, bajo el nombre de Pio VI.

Pio VI llegó como se ve al pontificado, en un tiempo preñado de tormentas: todos los horizontes se hallaban cargados de tempestades. Los jesuitas, cuyo instituto se habia intentado reformar, y que habian querido *ser como eran, ó no ser*, habian sido abolidos por Ganganelli. La América sacudia el yugo de la Inglaterra con ayuda de la Francia. El emperador José II se habia declarado el jefe de los filósofos. Nápoles se preparaba á sustraerse del homenaje que prestaba á Roma: la tierra se hallaba llena de convulsiones, y temblaban todos los tronos.

Durante esas horas de reposo sombrías que preceden á los grandes cataclismos, Pio VI hizo mucho; hizo del Vaticano el magnífico *Museum* que visitan hoy los mandatarios artísticos de todas las naciones: limpió el puerto de Ancona, y dirigió la construccion del fanal que lo ilumina: añadió á la Basilica de San Pedro una magnífica sacristia: volvió á levantar el obelisco del Quirinal; por último, prosiguió aquella grande empresa que la república romana habia legado á sus emperadores, y los emperadores á los papas, el secar las lagunas Pontinas. Gracias á estos inmensos trabajos la via Appia, aquella obra maestra de la industria romana, fué desembarazada de los escombros bajo los cuales habia desaparecido.

Se abrió un canal que condujo las aguas estancadas hácia el lago de Jogliano. Doce mil arpentos de tierra se utilizaron para el cultivo de los granos y el pasto de los ganados. Una ciudad toda entera iba á levantarse en medio de aquella conquista de la voluntad humana sobre la naturaleza cuando estalló la revolucion francesa, arrastrando tras de sí la constitucion civil del clero que destruía todos los grados de la gerarquía espiritual. Esta constitucion fué la que se exigió que jurasen

los sacerdotes. De ciento treinta y ocho obispos, cuatro solo se sometieron á ella, y de sesenta y cuatro mil sacerdotes, sesenta y dos mil quinientos se negaron á admitirla.

Esta resistencia debia encontrar y encontró naturalmente un apoyo en Roma, y el Breve doctrinal fué la cadea eléctrica que llevó el rayo hasta el Vaticano.

El 13 de febrero del 93 el cónsul francés en Roma recibió la orden de colocar sobre su puerta y sobre la de la Academia, el escudo de la libertad. Aquella orden le era transmitida por el mayor Flotte y por el comisario Hugau de Basseville: fué ejecutada. El pueblo murmuró. Hugau y Flotte subieron en carruaje y con la escarapela tricolor en el sombrero pasearon por la calle del Corso. A aquella vista el pueblo que murmuraba, vocea: los dos comisarios responden á sus voces con palabras de desprecio. Se aumenta el tumulto: circulan palabras de amenaza, y en Roma el efecto sigue inmediatamente á la amenaza. El carruaje de los dos comisarios es derribado. Flotte se salva huyendo; Basseville quiere defenderse; pero un barbero se desliza por entre las piernas de los que le atacan y le abre el vientre con su navaja de afeitar. La república tiene que vengar un asesinato.

La venganza fué lenta: nuestros ejércitos tardaron tres años en andar el camino de Roma; porque sobre este camino se hallaban Mantua, Arcole y Lodi. Por último, Bonaparte, que habia salido hacia seis años para comenzar su carrera, de aquella ciudad donde tres años despues Pio VI debia venir á terminar la suya, Bonaparte vino á acampar delante de Roma como lo habian hecho Breno, Annibal, Alarico y el condestable de Borbon.

El 19 de febrero de 1797, fué firmado en Tolentino el tratado que impone á Roma una contribucion de 31.000.000, que la multa en un suministro de mil setecientos caballos y la arrebató una parte de la Romania; y como nuevas victorias llaman á Bonaparte al Tirol, el general Victor queda con quince mil hombres en la Marca de Ancona para asegurar el cumplimiento del tratado.

Entonces fué cuando se verificó el asesinato de Duphot, asesinato que llamaba una segunda venganza. Mas pronta y mas terrible que la primera fué la segunda venganza. Berthier tomó el mando del ejército, y el 29 de enero de 1798, vino á acampar á su vez, bajo las murallas de Roma, donde entró al cabo de diez y siete dias con Massena; un mes despues salía por la puerta Angélica prisionero Pio VI. Tenia entonces ochenta años.

Incierto sobre el pais á que debia trasportar á su cautivo, el Directorio lo hizo primero llevar á Siena; pero un temblor de tierra lo arrojó de allí despues á Florencia. Pero á principio del 99, amenazando la Italia los ejércitos rusos y austriacos, lo trasportaron, á pesar de la parálisis de que se hallaba ataca-

do á Parma, de Parma á Turin, de Turin á Brianzon, y de Brianzon á Valencia, donde murió el 27 de agosto.

Le habia sido preciso en esta travesía pasar el monte Genebre llevado sobre una camilla en medio de las nieves y con el cuerpo cubierto de llagas. El 14 de julio entró en la ciudad, en la que no habia ningun alojamiento preparado para recibirle. Llévaronle á la casa del gobierno, y mientras le preparaban un cuarto, lo depositaron sobre la terraza. Entonces abrió los ojos que llevaba casi constantemente cerrados, y maravillado con el magnífico paisaje que se desplegaba á su vista, se incorporó sobre su camilla esclamando: *Oh que bella vista!*

Entretanto la enfermedad del soberano pontifice hacia rápidos progresos, y el mártir tocaba al fin de sus dolores. El 20 de agosto un violento vómito anunció que la parálisis habia llegado á las entrañas.

Inmediatamente conociendo Pio VI aproximarse su fin, pidió al arzobispo, de Corinto el Viático, que recibió levantado colocado en un sillón, revestido con sus ornamentos pontificales, apoyada una de sus manos sobre su pecho y la otra sobre los santos Evangelios. Al día siguiente 28, le fué administrada la extrema-Union. Hácia la media noche fueron tan frecuentes las palpitaciones que no dejaron duda alguna sobre el estado de su Santidad. El arzobispo de Corinto, que ya le habia dado el Viático y la Estrema-Union, le dió la absolucion papal. Entonces haciendo un último esfuerzo, Pio VI se incorpora en la cama, y el moribundo dejó caer su bendicion soberana sobre el mundo que iba á dejar. Algunas horas despues espiró.

Una hora despues un hombre vestido con una casaca de color de castaña, con calzon de ante, botas de campana, y ceñida la cintura con una faja tricolor entró en el cuarto del difunto, fué á su cama, alzó la sábana que cubria el cadáver, miró si estaba verdaderamente muerto, reunió los servidores que habian acompañado á Pio VI, se sentó delante de una mesa, sacó de su bolsillo un tintero, papel, una pluma, y redactó el borrador del siguiente proceso verbal; que en seguida fué á trasportar sobre los registros de la Meiria (alcaldia).

«Hoy doce fructidor (agosto) año VI de la república francesa, á la hora de las tres de la tarde, ante mí, Juan Luis Chaveau, administrador municipal del ayuntamiento de Valencia, elegido para redactar las actas destinadas á comprobar los nacimientos, matrimonios y defunciones de ciudadanos, ha comparecido Mr. José Spina, arzobispo de Corinto, el cual acompañado de Mr. Juan, sacerdote de edad de cuarenta años, y de Mr. Gerónimo Fontiby tambien sacerdote, y de Mr. Caracholo, cuyo pronombre es Innico, sacerdote, de edad de cuarenta años, y el dicho Fontiby de edad de

sesenta y cuatro años, todos cuatro residentes en Valencia, en la casa dependiente de la Ciudadela, y al servicio del difunto, me ha declarado que Juan Angel Braschi, Pio VI, Pontifice de Roma, ha fallecido en el día de hoy á la hora de la una y veinte y cinco minutos de la susodicha mañana en la casa, á la dicha edad de ochenta y un años y ocho meses, y dos dias. En virtud de esta declaracion, certificada como verdadera por el declarante y los testigos, me he trasladado en seguida á la susodicha casa habitacion, acompañado de los miembros que componen la administracion central, y el comisario del Directorio ejecutivo cerca de ella, asi como de dos miembros de la administracion municipal: hallándonos allí los dichos oficiales públicos y administradores citados, hemos hecho llamar á los ciudadanos Duvawé, oficial de sanidad, y Vidal, padre, oficial de sanidad en jefe del hospicio militar de este departamento, los cuales despues de haber examinado al dicho Braschi, Pio VI, nos han confirmado su fallecimiento: del que he redactado acta legal en presencia del comandante de la plaza y del juez de paz de este canton que conmigo firman, los dichos miembros, autoridades constituidas, los dichos médicos, el declarante y los testigos: escribiendo el ciudadano Doux, secretario del dicho departamento. Valencia en la casa del ayuntamiento en el día, mes y año supraescritos. Siguen las firmas.»

Tal es el acta mortuoria testual del doscientos cincuenta y cuatro sucesor de San Pedro.

Tal vez no hay en todos los archivos de nuestra historia mas que un documento que pueda compararse: el proceso verbal de la muerte de Luis XVII sucesor de San Luis.

Asi, á un mismo tiempo estaba llamada la Francia á dar el ejemplo á las naciones del doble abatimiento del poder temporal é espiritual, sobre el que hasta entonces habia descansado el edificio social de una mitad del mundo.

Mr. de la Croix, teólogo instruido y autor de una excelente estadística sobre la historia de las antigüedades del departamento de la Drome, fué el que nos enseñó todas las cosas notables de la ciudad de Valencia.

Adoptando para nuestro exámen el orden cronológico, nos llevó primero á la Torre inclinada, que una tradicion popular hace subir al tercer siglo, y que nueva y todo como era entonces, se inclinó para saludar á los cristianos San Felix, Fortunato é Ireneo, que caminaban al suplicio, y desde entonces quedó milagrosamente inclinada en memoria de su martirio.

Despues fuimos á la catedral, dedicada en otro tiempo á San Cipriano, y á San Cornelio, hoy á San Apolinario, consagrada el 1.º de agosto de 4095, por el papa Urbano II que iba al concilio de Clermont donde se re-

solvió la primera cruzada, como consta de esta inscripción latina:

Anno ab incarnatione Domini millesimo nonagesimo quinto, indictione secunda nonis Augusti. Urbanus Papa secundus, cum duodecim episcopis, in honorem beate Mariæ virginis, et sanctorum martirum Cornelii et Cipriani, hanc ecclesiam dedicavit.

En la catedral fué levantado el monumento del papa Pio VI. Por de pronto su corazón depositado en una urna había sido encerrado en la ciudadela, y su cuerpo llevado al cementerio general; pero por una decisión que el 30 de noviembre de 1799, hizo tomar á sus dos colegas Bonaparte cuando fué nombrado cónsul, se decretó: «Que se tributasen los honores de la sepultura á aquel anciano respetable por sus desgracias, que había sido un instante enemigo de la Francia, seducido por los pérfidos consejos que rodeaban su vejez: en atención á que era digno de la nación francesa, y conforme á la sensibilidad de su carácter, dar muestras de consideración á aquel que había ocupado uno de los primeros puestos sobre la tierra, etc. etc.»

En su consecuencia fué exhumado el cuerpo de Pio VI, y cosa extraordinaria, esta exhumación fué hecha por un protestante, que hizo levantar alrededor del ataúd una pequeña bóveda de fábrica, cuya puerta fué tapiada. Dos años despues, el concordato concedido por Pio VII á Bonaparte, sirvió de rescate al despojo mortal de su predecesor, que fué trasladado segun las intenciones del papa al morir, á la basilica de San Pedro en Roma. Sin embargo, la urna que contenia el corazón fué devuelta á la ciudad de Valencia, y un monumento coronado con un busto de Pio VI por Canova, fué construido para recibirlo.

Al salir de la iglesia, fuimos á visitar un hermoso pequeño monumento del renacimiento levantado por los escultores italianos hácia el año de 1530, y que es conocido con el nombre del Pendiente de Valencia. Largo tiempo han disputado los sabios sobre su destino: parece hoy averiguado que era la bóveda funeral de la familia Nutral, cuyas armas de sinoplas de oro cargadas de tres treboladas ó cruces cuyos cuatro cabos rematan en tres hojas, están esculpidas en la bóveda.

No es el solo monumento del renacimiento que ha dejado á Valencia aquella familia parlamentaria estinguida hoy. La casa que sirve hoy de almacén al hijo del librero Marco Aurelio, de quien hemos visto que tan buen recuerdo había conservado Bonaparte, es una maravilla del siglo XVI de que en ninguna parte, ni en Francia ni en Italia, he visto obra igual. Está, como hemos dicho, situada justamente en frente de la casa que habitó tres años el subteniente de Ajaccio.

¡Vamos á volver á entrar en casa de

nuestro cicerone, cuando se acordó de un fragmento que había olvidado hacernos ver. Y hubiera sido un pecado mortal, como dicen los italianos, el no enseñárnoslo: por eso se lo recomendamos á los artistas como no el menos curioso. Está situado en el patio de la casa Duprè, calle de la Perollera, número 35, y nos ha parecido una obra maestra de aquella sencillez del arte, tan preciosa en lo que nos ha conservado de los vestidos de la época en que el artista ejecutaba su obra, en lugar de falsificar los de la época en que había pasado el suceso que representaba.

Es una puerta dando sobre un corredor, y dirigiendo á una escalera. El asunto que representaba su entablamento en la primera división de la izquierda, es la historia de Elena formando con su hermano Castor y su madre Leda, un grupo cubierto con un velo cuyos paños vienen á levantar dos sátiros bailando. Nos vemos obligados á confesar que no es en esta primera división en donde debemos buscar las huellas de los vestidos ó trages del siglo XV: al contrario, el artista en todos los detalles ha seguido religiosamente las antiguas tradiciones.

La segunda división representa al hermoso pastor Paris vestido de joven señor de la corte de Francisco I, con gorra y pluma, una capa de terciopelo y pantalones de seda: detrás de él está Júpiter, que le elije por árbitro en la cuestión de la hermosura suscitada entre las diosas. El señor de los dioses, cuyo cetro indica el poder, está revestido de una coraza florentina del mejor gusto, y que parece salir de los talleres de Benvenuto Cellini: delante del juez, Venus, Juno y Palas, que por todo vestido solo han conservado su gorro, se disputan el precio de la belleza que ha recibido Venus. En fin, á su izquierda un hermoso caballo de batalla, patea altivamente y se muestra impaciente por volver á llevar al lindo pastor á la corte del rey su padre.

La tercera división representa el robo de Elena. Tanta prisa han tenido los dos amantes para huir, que Paris solo ha tenido tiempo para ponerse su casco, y lleva el resto de sus vestidos en la punta de una lanza. Verdad es que apenas hubiese tenido tiempo de ponerse los porque el amor le ha prestado sus alas para huir mas pronto y con mas seguridad.

Todas estas figuritas son preciosas y perfectamente acabadas: me alegré tanto mas de haber descubierto aquella alhaja cuanto que encerrada en el patio de una casa particular, ignoran su existencia las tres cuartas partes de los habitantes de Valencia mismo.

Nuestra última visita fué al palacio del gobierno. Nos enseñaron el cuarto donde murió Pio VI; hoy es el taller de la zapatería de la guarnición, y la sola huella de la mansión que allí hizo el soberano pontífice, son los

cuatro anillos puestos en el techo que sostienen la colgadura de su cama.

La lluvia que habíamos recibido la víspera y la que parecía reservarnos el tiempo para la mañana siguiente, nos había quitado enteramente la afición á las correrías pedestres.

En su consecuencia nos echamos á buscar un carruaje cualquiera, y con gran trabajo llegamos á reunir un cabriolé, un caballo, y un pilluelo, trinidad locomotiva que nos cedió el maestro de coches mediante la suma de diez francos al día.

Nos enjaulamos como pudimos en la máquina: y al día siguiente al amanecer salimos de Valencia: y siguiendo la antigua via Aureliana que conducia de Arlés á Reims, nos pusimos en camino para Montelimar.

Llegamos allí bien cerrada la noche. Llamamos á la puerta cochera de la posada: un mozo de cuadra con el rostro todo lleno de sangre vino á abrirnos. Hacia una hora que había recibido una coz de su caballo que le había abierto la frente. Le preguntamos, cómo hallándose en aquel estado no se había metido en la cama y vendado la cabeza.

—Y mi trabajo, ¿quién le había de hacer? respondió.

—Pero al menos, le dije yo, sangraos, lavad la herida y poneos un pañuelo.

—¡Bah, bah! replicó indiferentemente, esto no es nada, si hiciere viento ya estaria seco....

Un parisiense á quien hubiese sucedido semejante percance hubiera tenido que estarse en cama todo un mes. Esto fué para mí una nueva prueba de que el dolor no es mas que una impresión relativa, un negocio de sensibilidad nerviosa, y que no son iguales las percepciones sobre dos organizaciones diferentes, aunque la herida sea la misma.

En esta pequeña población, la antigua Acunum de los romanos que tomó de su conquistador teuton, Adhemar, el nombre de Montelium, *Adhemmaris*, de que los modernos habitantes han sacado el de Montelimar, fué donde comenzamos á echar de ver que avanzábamos hácia el Mediodía, y esto por los recuerdos de 1815, verdes todavía y regados de sangre.

Un hombre de treinta á treinta y cinco años con rostro meridional, contaba en su tosco idioma, tan ininteligible para nosotros, una escena de matanza. Los nombres de Simon el Granizo, del Puntigado de Roquefort y de Trestallon, no se le caian un momento de la boca.

Sus oyentes parecían escucharle con gran atención, y reían con sus detalles medio terribles, medio burlescos. A lo que pudimos comprender trataban de los terrores de un federado, llamado Caille de Caderusa, que se encontraba con el historiador en Aviñon durante uno de aquellos días en que la ciudad desolada y muda estuvo entregada en poder de los asesinos.

Pasaba la escena en una taberna en donde el que contaba el suceso, Caille Simon, y un tercer personaje trincaban juntos.

En el momento en que este último acababa de echarse á pechos un vaso de vino, vió en la plaza á una muger anciana que al pasar el emperador para la isla de Elba le había dado un caldo. Dejó su vaso, cogió la carabina, apuntó á la muger, erró el tiro, y mató á un hombre que pasaba por otro lado de la calle.

—¡Caramba!... dijo dejando su carabina y bebiéndose otro vaso de vino.

Esta fué toda la oración fúnebre del difunto, que permaneció tendido en la plaza hasta la noche, sin que nadie se atreviese á recogerlo.

Los dientes del federado, decia el narrador chascaban como castañuelas: el hombre de la carabina lo mató.

—Vamos, abrázame, Federra, dijo y lo abrazó.

Caille sensible á aquel honor, quiso pagar, pero el otro se levantó y declaró que él queria hacer el gasto.

Caille no quiso insistir de miedo de incomodar á su interlocutor, le dijo al posadero que él se encargaba de pagar el vino.

De esto resultó que el que pagó definitivamente fué el posadero.

Estábamos en una sala grande, oscura, Jadin y yo sentados en un rincón de la chimenea y á algunos pasos de nosotros chocando á la mala luz de una vela de sebo, sus vasos unos contra otros: estaban aquellos cuatro hombres hablando de asesinatos, de muerte y de sangre, con la risa en los labios, y dejando ver al reír aquellos dientes blancos carniceros de los meridionales que parecen arrancados á las mandíbulas del tigre.

Poníamos el pie en aquella tierra cálida y sedienta que tan pronto bebe sangre, cuyo suelo y sus habitantes nos eran todavía desconocidos, y aquella naturaleza semi-sarracena, que necesita mucho tiempo de estudio para comprenderse se revelaba á nosotros por primera vez. Extraordinario fué el efecto que nos causó. Seguramente nada teníamos que temer, y nada temíamos: empero por un movimiento maquinal, alargamos la mano, Jadin hácia su fusil, y yo hácia mi carabina; y cuando nos retiramos á nuestro cuarto, vecino á los de nuestros cuatro viajeros, reconocimos si nuestras armas estaban en buen estado y las colocamos á la cabecera de nuestra cama.

A la mañana siguiente Jadin y yo volvimos á ocuparnos de anécdotas napoleónicas.

Bonaparte en el momento de desgracia que tuvo despues del sitio de Tolon, pasando por Montelimar con su hermano José, se paró allí detenido por lo hermoso del terreno.

Su alma se hallaba entonces enteramente inclinada al reposo. A sus impetus de guerra habían sucedido proyectos de horticultura; el soldado queria hacerse labrador. Preguntó s.

habia en las inmediaciones alguna casa de campo, de venta.

Le dirigieron á Mr. Grasson, que le llevó á una hacienda llamada Beauserret, que en el idioma patua del país corresponde á *Beaufour* (mansión hermosa). Era una casa de campo-granja que producía cerca de dos mil francos de renta, y que la daban en cuarenta mil francos.

Como evidentemente era una buena compra, Bonaparte aprovechó vivamente la ocasión, y haciéndose llevar á casa del escribano encargado de la venta, le ofreció de pronto por ella treinta y cinco mil francos.

—No es razonable regatear así, dijo el escribano. La hacienda es dada; y sin una circunstancia que le hace bajar de precio, no la tendríais por menos de sesenta á setenta mil francos.

—¿Y qué circunstancia es esa? dijo Bonaparte. Preciso es que yo lo sepa antes de concluir el trato, no sea cosa que tengamos luego una causa redivitoria.

—¡Oh! no, no señor, dijo el escribano, no hay peligro de eso; y para vos que no sois del país debe seros muy indiferente.

—Pero.... al fin, ¿podremos saberla?

—Sin duda. Ha sido el teatro de un asesinato.

—¿Quién ha cometido ese asesinato?

—Un tal Barthelemi.

—Y á quien asesinó?

—A su padre.

—¡Un parricidio! murmuró Bonaparte poniéndose pálido: ¡nunca, nunca! Vámonos, José, vámonos.

Y por mas instancias que hizo para detenerle el escribano, los dos jóvenes se volvieron á la fonda; y aquella misma noche se pusieron en camino para París.

¿Qué hubiera sucedido de la Francia y de la Europa si Bonaparte hubiese comprado la hacienda de Beauserret?

ORANGE.

Al salir de Montelimar caminamos de nuevo sobre la historia antigua. San-Pablo-los-Tres castillos, la antigua capital de los tricastinos, se eleva á la izquierda del camino. Allí fué donde se detuvo para juntar sus ejércitos el galo Belovese el año 453 de Roma, y cuatrocientos despues Annibal lo atravesaba con su ejército. Augusto estableció allí una colonia bajo el nombre de Augusta Tricastinorum, que Plinio coloca en el número de las ciudades latinas.

Al salir de Montelimar se comienza á ver por el aspecto del suelo que se entra en el Mediodía. El tono de los terrenos es mas cálido, el aire mas puro, los contornos de los objetos mas perfeccionados; sin embargo, los olivares que llegaban en otro tiempo hasta la ciudad no comienzan hoy realmente sino en el puente de Santo Espiritu.

El primer árbol de este género, pobre, infeliz, raquítico, centinela avanzada ó mas bien perdida, ensaya á vegetar en los alrededores de la Palud; pero causa pena el verle tan desnudo y raquítico á causa de su eterna lucha con el Norte.

Llegamos de día todavía al famoso puente que pertenece mitad á la Provenza, mitad al Languedoc.

La Provenza llega hasta el ángulo. Un monje soñó en 4263 que veía lenguas de fuego colocarse sobre el Ródano de trecho en trecho.

Fué al día siguiente á contar su sueño al superior, Juan de Thiange; el que despues de haber reflexionado un instante, interpretó el sueño como una orden dada por Dios á la comunidad para edificar un puente sobre el Ródano.

No habia mas que un obstáculo para la ejecucion de esta orden celestial, y es que la comunidad no tenia un cuarto: mas felizmente el prior era hombre de recursos, envió á todo el convento á pedir limosna; y cada fraile hizo tan bien su expedicion que dos años despues, en el reinado de Felipe el Hermoso, Juan de Thiange puso la primera piedra del puente en honor de la Santísima Trinidad.

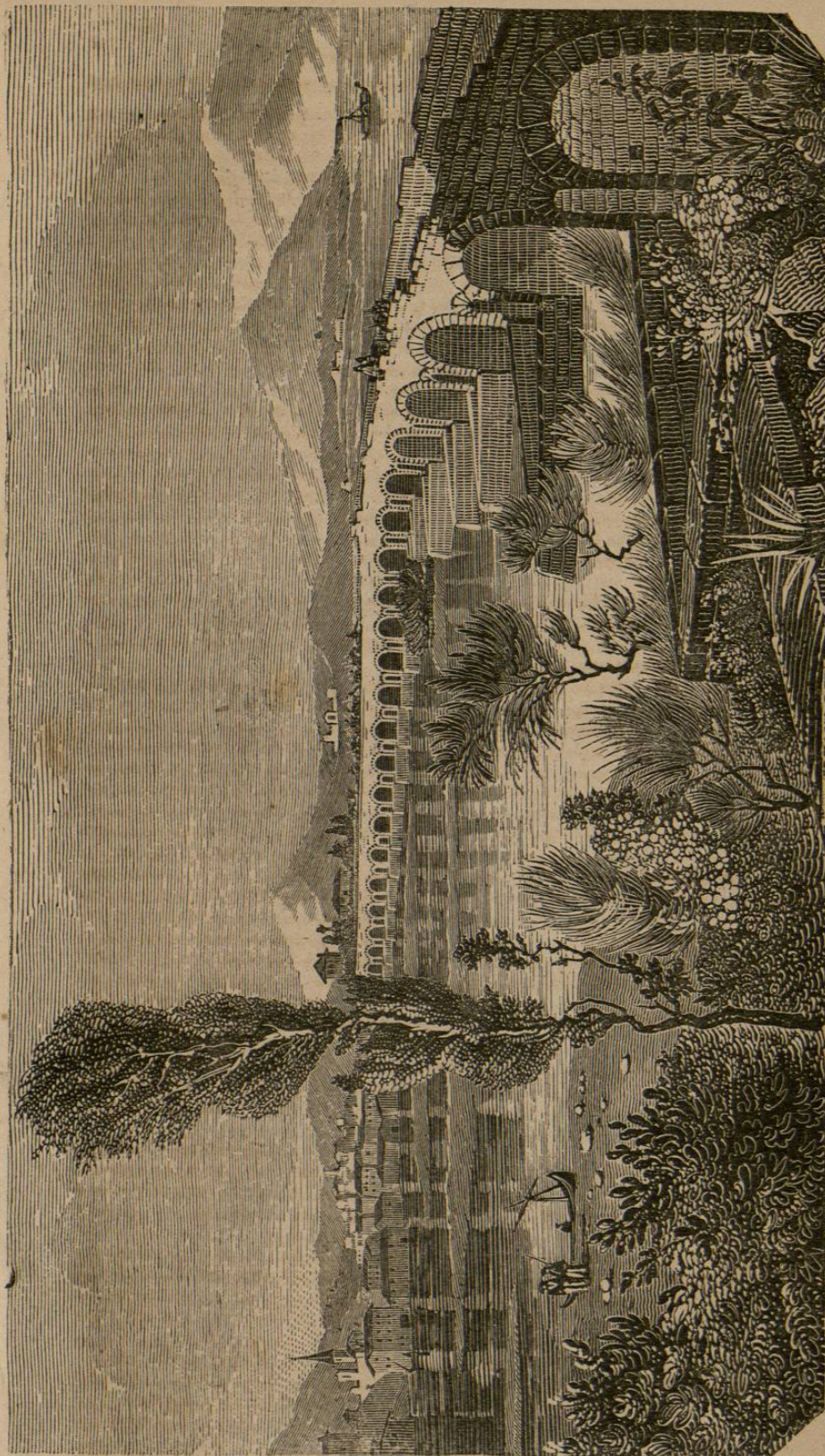
El puente del Espiritu Santo, llamado así por las lenguas de fuego á que debe su ereccion como se ve, fué empezado á construir en 4265 y terminado en 4307. Cada uno de sus arcos fué bautizado y recibió un nombre. Esta nomenclatura, tenia un objeto; era para en caso de desgracia, y las desgracias eran frecuentes porque el Ródano es violento y rápido cuando se estrella contra el puente, indicar en seguida hácia qué punto era preciso llevar socorros y contra qué arcos se habia estrellado la barca que se hallaba en peligro.

Comimos de prisa y corriendo á fin de visitar antes de la noche la ermita de San Pancracio situada en el alto de una montaña á tres cuartos de legua del puente del Espiritu Santo.

La única cosa curiosa que se enseña es un pozo cuya agua se encuentra al nivel del Ródano, de modo que una piedra tarda tres minutos y medio en bajar y un cubo una hora en subir.

Nos limitamos á la primera experiencia.

A la mañana siguiente volvimos á atravesar el puente del Espiritu Santo y repasamos del Languedoc á Provenza, como la vispera habíamos pasado de la Provenza al Languedoc.



Puente del Espiritu Santo sobre el Ródano, pág. 56.